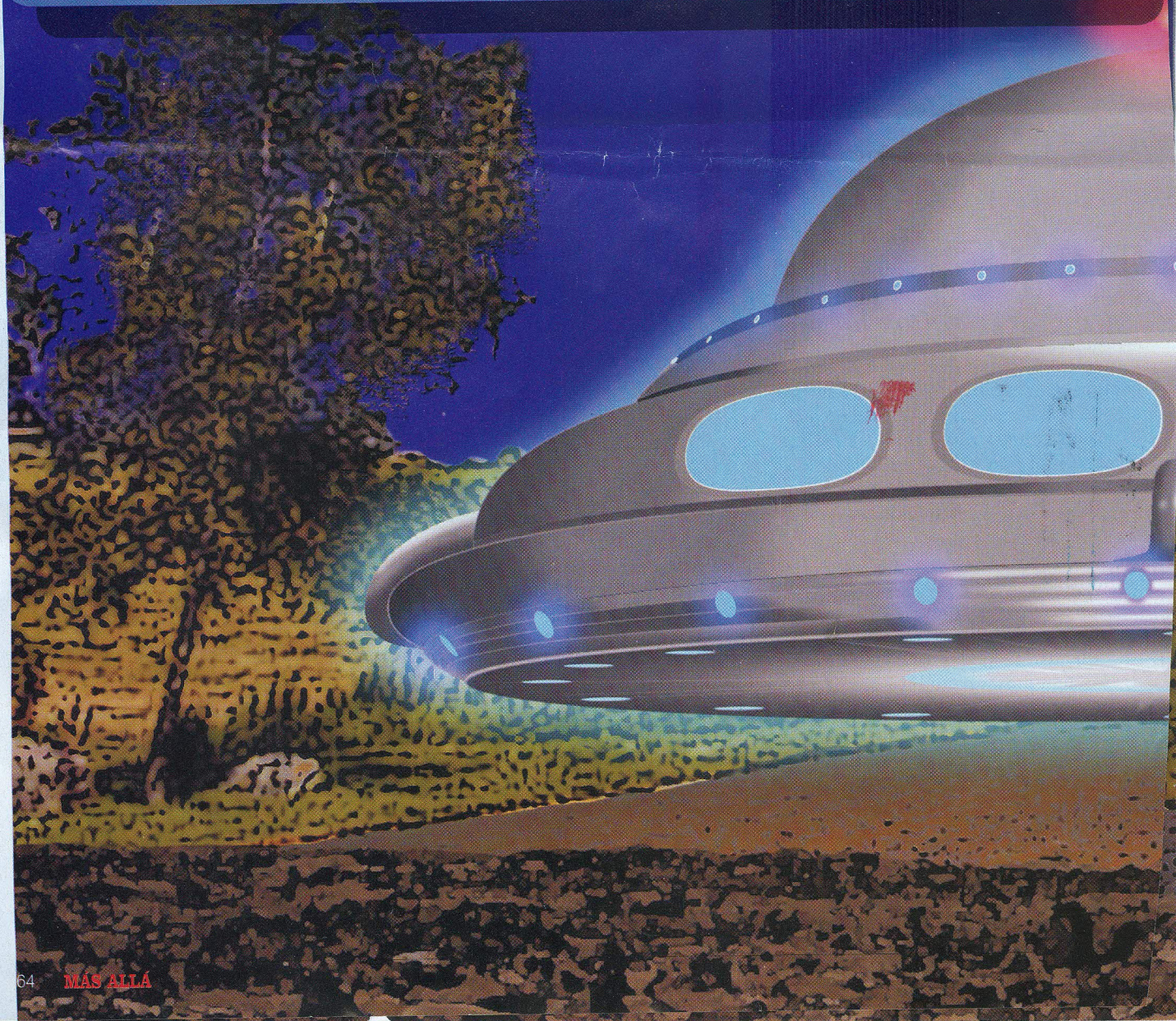


José Florencio, el primer abducido de la historia:

“No sé cuánto tiempo estuve allí dentro”

Tan solo contaba con nueve años cuando José Florencio experimentó un suceso que cambiaría de forma radical su vida: **fue supuestamente abducido por seres extraterrestres.** Ahora, a sus ochenta años de edad, rememora todos los detalles de aquel suceso que le convirtió en el primer abducido de la historia de la ufología.

texto y fotos: **Pablo Villarrubia Mausó**



Estábamos en Campinas, una ciudad de más de un millón de habitantes situada en el interior del estado de Sao Paulo (Brasil). Buscábamos a un hombre que podría ser el primer abducido por presuntas entidades alienígenas de la historia de la ufología: **José Florencio**. Si estaba vivo, tendría más de 80 años.

“Lo entrevisté por última vez hace tiempo, en 1996. Pero ya no vive en

esta casa. Mirad, está abandonada”, me señaló desconsolado el maestro José Carlos Rocha Vieira Júnior, vecino de Campinas, quien nos acompañaba en aquella búsqueda. También nos seguía el veterano ufólogo Edison Boaventura, de la ciudad de Guarulhos.

Tras preguntar a varios vecinos recibimos una noticia reconfortante: José Florencio se había ido a otra barriada

y estaba vivo. Apuntamos la dirección y nos encaminamos inmediatamente al nuevo hogar de aquel hombre que podría ser un personaje clave e histórico para la ufología mundial.

UNA EXTRAÑA HISTORIA

Cuando llegamos a su humilde casa en un barrio de aquella ciudad nos encontramos con sus hijos y con el mismísimo protagonista octogenario. Todos →

Ilustración que representa el momento de la supuesta abducción protagonizada por el joven José Florencio.



JAMIL VILANOVA

Ufología

→ nos recibieron con mucha simpatía, y el entrañable anciano tenía ganas de contar su extraña historia ocurrida mucho antes del caso **Barney y Betty Hill** (Estados Unidos, 1961) o incluso del caso **Antonio Villas Boas** (Brasil, 1957), considerados "oficialmente" las primeras abducciones de la ufología moderna.

"Yo tenía nueve años. Fue en 1931 y era época de calor. Me acuerdo que era sábado y yo jugaba al fútbol con unos amigos en un terreno baldío en el barrio Cambuy, en lo que hoy es la esquina de la calle Alecrins con Sampaio Peixoto. Éramos muy pobres y usábamos, como balón, un calcetín que rellenábamos de papeles. Serían las cinco de la tarde. Me acuerdo porque mi padre estaba a esas horas en casa, porque no trabajaba ese día de la semana", explicó José Florencio. Y añadió: "Ya me había despedido de los otros niños, que vivían en un pequeño núcleo chabolista llamado Barroquinha, cuando percibí que mi camisa se movía, se

agitaba por una repentina ventolera. Me giré y vi una cosa en forma de plato flotando a corta altura del suelo. Era como un plato grande, con una cúpula arriba. Tenía color oscuro, como el plomo, y no brillaba o destellaba. Me llamó la atención el ruido que hacía, suave, como el motor de una nevera".

Hay que destacar que el anciano es una persona afable y sencilla, con estudios básicos. Sus palabras nos atraparon, principalmente porque estábamos delante de un testigo anterior de la Era Moderna de los ovnis, surgida en 1947 en Estados Unidos. El lugar en que vivía nuestro testigo en aquella época era aún zona rural, la chácara Julio Vitorino, y su padre trabajaba de basurero en el ayuntamiento de la ciudad de Campinas.

Aquel extraño objeto circular acompañó, durante varios metros, al niño, que, asustado, vio cómo se acercó a él. "Cuando me giré vi a un hombre a mi lado y una escalerilla desplegada por de-

bajo de aquel cacharro. No me acuerdo exactamente, pues eso ocurrió hace mucho tiempo, pero aquel hombre, que no debía tener más de 1,60 m de altura -ya que era poco más alto que yo-, me cogió por el hombro y me hizo subir por la escalerilla para entrar dentro del aparato", rememoraba José Florencio.

¿Cómo era el aspecto de ese hombre?, indagué. "Estaba vestido con una especie de mono de color verde oliva brillante que le cubría todo el cuerpo, con unos guantes también verdes, además de cinturón y botas negras. Llevaba puesto un casco y tenía dos cortas antenas que le salían a la altura de las orejas. Su tez era blanca, sus ojos como los nuestros, pero muy azules, las cejas un poco levantadas y boca pequeña. Después, cuando se quitó el casco dentro del aparato, vi que poseía cabellos rubios y el mentón largo y fino", apuntaba el testigo.

El ufólogo Edson Boaventura no se conformó con su explicación y quiso

Aquel extraño objeto circular acompañó, durante varios metros, al niño José Florencio que, asustado, vio cómo se acercó a él. "Cuando me giré vi a un hombre bajo aquel cacharro", recuerda.

CATALDO BOVE

El hombre que rescató la abducción del olvido

José Florencio, después de aquella traumática abducción, nunca más habló con nadie sobre su historia. La reprimenda de los padres y su consecuente vergüenza le impidieron contárselo a otras personas hasta que, en 1958,

decidió buscar a un importante periodista de Campinas, **Cataldo Bove** (ya fallecido), quien escribía algunos artículos sobre ufología en el *Diário do Povo*. Cataldo quedó asombrado con la historia de José

Florencio, quien nació el 22 de septiembre de 1923 en la localidad de Vinhedo, en el estado de Sao Paulo (Brasil). Consciente de la importancia del caso, escribió un artículo diez años después, en 1968, pero no tuvo repercusión

en el ámbito nacional hasta que en 1996 el maestro **José Carlos Rocha Vieira Júnior** recuperó el caso entrevistando al testigo. Pero solo en 2008 publicó un resumen del mismo en la web brasileña *Via Fanzine*.

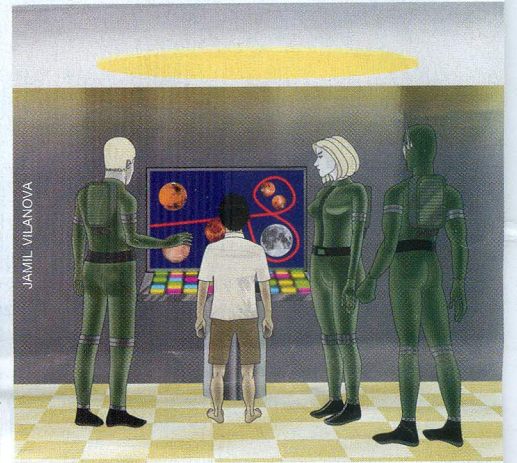
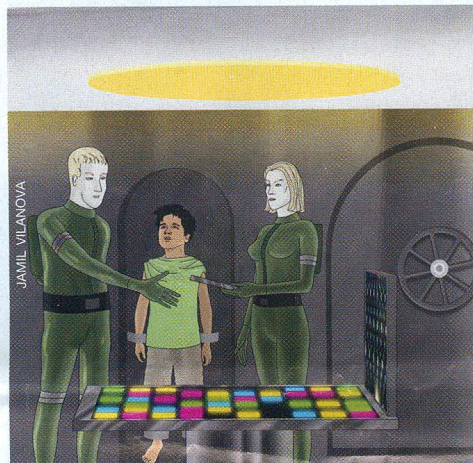


saber más. De su boca salió una nueva pregunta: "¿Qué pasó con usted dentro de aquella nave?". A lo que José Florencio contestó: "Pues aquel hombre cerró la puerta por donde habíamos entrado, girando una especie de rueda de metal, como las de los submarinos o escotillas de barcos. Entonces empecé a gritar y a llorar, pues quería salir de allí. Aparecieron otros dos hombres vestidos igualitos al primero. Este se sacó el casco y me trató de calmar dándome unas palmaditas suaves en el rostro. Tenía la cabeza cubierta por una especie de gorra ajustada, como las que se usan en natación, pero los otros no. Había cuatro butacas, una para cada uno, todas de color azul. En una de las butacas se encontraba sentada otra persona más, la cuarta, delante de un panel. Me pareció que se trataba de una mujer porque cuando se quitó el casco mostró un cabello largo y rubio. Ella también intentó calmarme, acariciando mi rostro con su mano. Los otros dos hombres no se quitaron el casco y nadie se quitó los guantes".

EN EL INTERIOR DE LA NAVE

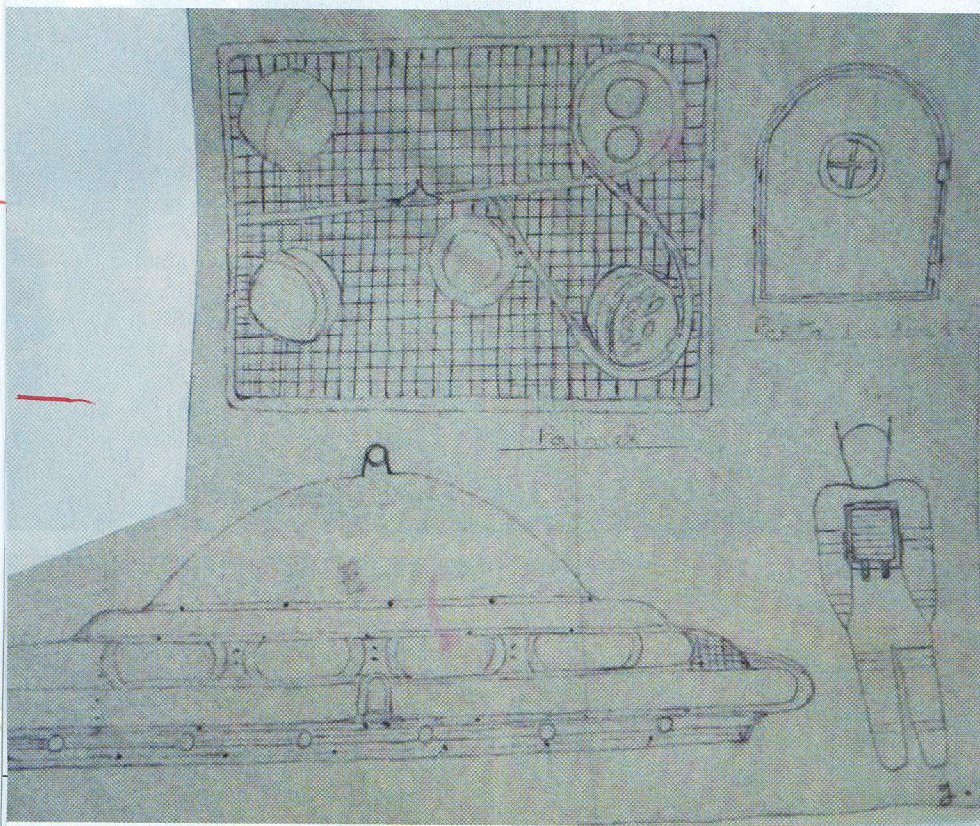
El maestro Rocha Vieira Júnior se interesó por el interior de la nave: "Todo estaba iluminado por una luz sobre el techo, al centro, de color amarillo, que no parpadeaba. En el centro, sobre el suelo, había una mesa con un panel lleno de botones con luces de color rojo, verde, amarillo, morado y, casi todos, parpadeando alternadamente. Había algo parecido a una pantalla, como una televisión, y varios relojes. No vi volantes como en los coches, pero sí varias palancas", indicaba el testigo. Prosiguió su explicación: "El suelo del interior era de aspecto metálico, a cuadros, como un tablero de ajedrez, de color amarillo claro. Me di cuenta de que el hombre que me capturó debía ser el jefe de ellos, pues parecía que daba órdenes. Todos tenían una expresión de felicidad, de tranquilidad, creo que para no asustarme más de lo que ya lo estaba".

"¿En qué idioma hablaban?", pregunté a José Florencio. Este contestó: "No los entendía, era como si me hablaran alemán, del que nada entiendo. Hablaban entre ellos en tono bajo. Enseguida me llevaron hacia otra punta del aparato. Allí, me acercaron a una pared. El supuesto jefe me desabrochó la camisa que llevaba. Puso su oído en mi espalda pero, antes, la cubrió con una toalla verde, que me daba la sensación de ser de seda y estaba fría, casi helada. También examinó, siempre con el oído, mi →

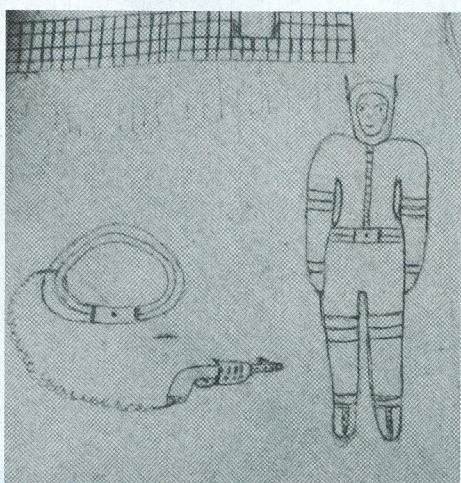
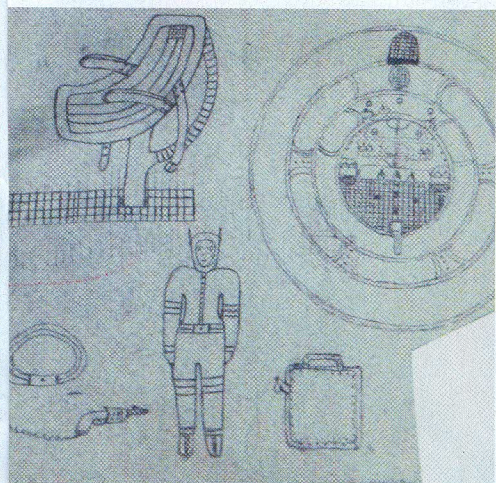
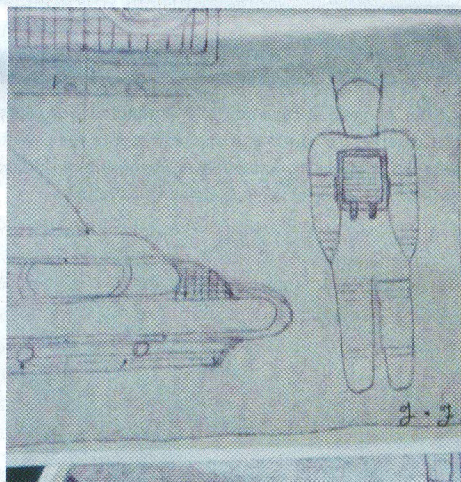
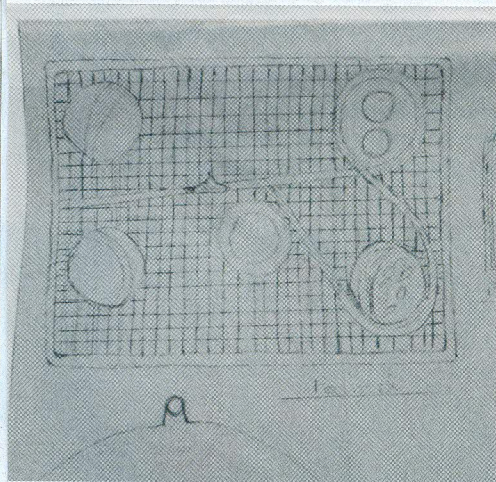


Arriba, la antigua casa de José Florencio y dos representaciones del interior de la nave "extraterrestre" en la que supuestamente fue retenido el joven abducido. Abajo, de izquierda a derecha, el maestro José Carlos Rocha Vieira Júnior, José Florencio, Pablo Villarrubia -autor de este reportaje- y el ufólogo Edison Boaventura.





Arriba y abajo, algunos de los dibujos que realizó José Florencio después de que ocurriera la supuesta abducción, que protagonizó cuando tan solo era un niño en la ciudad brasileña de Campinas.



→ pecho y el corazón, mientras otro de los hombres me sujetaba por detrás. Me miró los dedos de manos y pies y los ojos. Además, me hizo abrir la boca y estirar los brazos hacia arriba y abrir las manos, que tocó, siempre, con sus guantes. Noté que todos tenían los dedos muy finos. Me volvió a abrochar la camisa y luego me puso de espaldas contra la pared. En ese momento él crujió los dedos y vi que de la pared salían como unas tenazas que me sujetaban y apretaban por la frente y por la cintura. Eran tiras, como un cinturón grueso. No podía salir de allí, no podía moverme. Estaba atrapado.

En unos antiguos escritos que tuvimos la oportunidad de consultar en su casa, José Florencio dejó registrado que bajo sus pies, descalzos, había una alfombra de color negro y de textura parecida al caucho o goma. En ellos también se señalaba que la supuesta mujer estaba al lado del jefe o comandante del vehículo haciendo apuntes aparentemente de los datos que le dictaba, mientras hacía los exámenes pertinentes al niño. Los otros dos hombres permanecían cerca, observando la situación con una leve sonrisa en el rostro.

“¿Qué pasó entonces?”, preguntó sin ocultar su curiosidad Boaventura. José Florencio hizo señas de recordar lo sucedido y dijo: “No sé cuánto tiempo estuve allí dentro, pero sí que en el centro del aparato había una especie de tubo. El supuesto jefe crujió nuevamente los dedos, y otro hombre trajo algo como un bidón de color plomo que estaba empotrado en la pared. Nada tenía remaches. Luego despejó su contenido dentro del tubo, destapándolo antes. Era un líquido viscoso, de color gris, como el mercurio. Los cuatro tomaron sus asientos. A partir de ese momento noté que el aparato se movía, como si estuviera subiendo dentro de un elevador, muy rápido. Además, aumentó aquel ruido parecido al motor de una nevera. Pude ver por la ventana que subíamos y bajábamos y veía caballos y vacas que corrían sobre el pasto. También vi, desde arriba, la laguna Taquaral, y luego una alfarería que existía cerca de las vías del ferrocarril de Mogiana. De pronto, el cielo oscureció, se convirtió en color lila y vi unos puntitos luminosos que parecían como luciérnagas. En una especie de pantalla, en el panel, aparecían dos bolas contra un fondo oscuro y luego otras cuatro. Unas eran luminosas, como la luna, y otras de color marrón, de color tierra”.

EL OVNI QUE EXPLOTÓ EN 1958

Fragmentos radioactivos

En 1958, José Florencio vivía en el barrio Chácara da Barra (Campinas, Brasil) junto con su esposa e hijo Jorge. Un atardecer, a las 18.30 h, Florencio y su familia vieron una bola roja que cruzaba el cielo y que, de pronto, cambió de dirección. Enseguida oyeron el ruido de una gran explosión

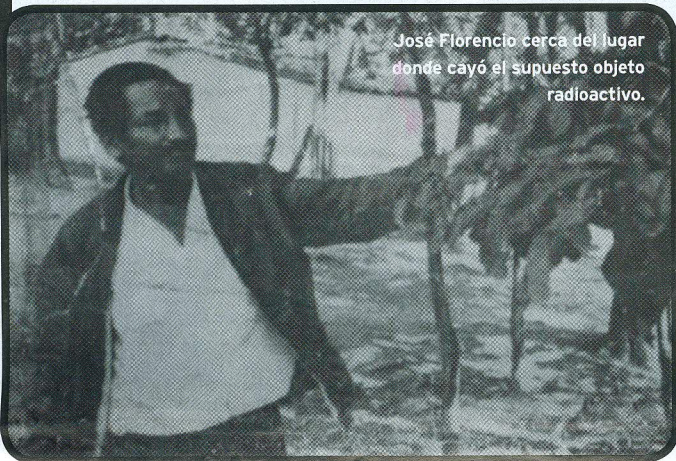
y el cielo se iluminó. "Pensé que había caído sobre una plantación, cercana, de café. Quise ir hasta allí para ver qué había explotado. Pero mi esposa, muy intranquila, no me lo permitió. Sin embargo, al amanecer, a 6.30 h, me levanté y fui hasta la finca de café. Encontré allí un pedazo de

metal diferente, parecía plomo. Lo metí en una cajita y lo llevé al periodista Cataldo Bove, quien escribía sobre los platillos volantes y tenía, además, un programa de radio, en Radio Brasil de Campinas", recuerda el testigo.

El fragmento de metal medía unos 10 cm de longitud y Florencio lo cortó por la mitad. Una se la dio al mencionado periodista y la otra se la guardó. "Cataldo Bove me dijo que aquello podría ser peligroso, radioactivo. Entonces escondí el pedazo que yo conservaba fuera de casa. Cataldo y otros dos conocidos suyos me acompañaron hasta la plantación de café, pero no encontramos ningún otro pedazo de metal o roca rara en el sitio", explica Florencio. La curiosidad nos empujó a preguntar: "¿Qué pasó con el

pedazo de metal que usted conservó?". La respuesta no se hizo esperar: "Lo dejé en el patio de casa y un día, cuando fui a buscarlo, había desaparecido. Pero hay un detalle que quiero contarte. Existía una palmera cerca de donde encontré el pedazo de metal y, después de aquella explosión, fue muriendo poco a poco".

Según un artículo publicado el 18 de febrero de 1972 por Cataldo Bove, él y un amigo suyo volvieron al terreno ese mismo año con un detector geiger. Entonces encontraron una roca radioactiva con elementos metálicos. Tras una inspección rápida, se dijo que tenía base férrea, con trazas de zinc, plomo y cobalto. Se planteó analizarla en un laboratorio, pero nada más se supo al respecto.



José Florencio cerca del lugar donde cayó el supuesto objeto radioactivo.

"El aparato se quedó allí, flotando en el aire, proyectando un haz de luz fluorescente que me iluminó el camino de vuelta a casa", recuerda el supuesto abducido.

LAS HUELLAS DEL SUCESO

José Florencio no sabe precisar cuándo soltaron los cinturones que le sujetaban a la pared y regresó a nuestro planeta. Cuenta que ya era de noche y el "comandante" bajó por la escalera junto a él. Los otros dos hombres se quedaron esperando al lado de la puerta, sobre la plataforma que rodeaba el aparato en forma de plato. La mujer no salió del interior. "Cuando toqué tierra, el jefe me dio unas palmaditas en el hombro que yo interpreté como '¡ya puedes irte!'. Enseguida subió hasta la plataforma y, a la señal de crujir los dedos, la escalera se replegó sola. Habíamos aterrizado en el mismo lugar donde me recogieron, cerca de donde jugábamos al fútbol. Pensé en correr, pero me calmé y volví caminando a mi casa, que estaba a menos de 500 m de distancia. El aparato se quedó allí, flotando en el aire, proyectando un haz de luz fluorescente que me iluminó el ca-

mino de vuelta", recordaba el supuesto abducido.

Más tarde el niño Florencio supo que había llegado a su casa a la una de la madrugada. Cuando abrió la puerta, se giró para ver si el platillo volante seguía allí, pero ya se había ido. Dentro se encontró con sus padres preocupados. Su padre, muy nervioso, regañó al pequeño por haber llegado tan tarde y no haber dado noticias de su paradero. José Florencio rememora así aquella escena: "Le conté la historia y no se lo creyó. Mis padres me dijeron que había enloquecido. Me acosté, cansado y nervioso. No comí nada. Tuve pesadillas aquella noche. Soñaba que aquellos hombres volvían para buscarme y llevarme nuevamente".

La pregunta es inevitable por parte de Rocha Júnior: "¿Cuánto tiempo estuvo a bordo?, ¿le dieron de comer allí dentro?". "Si fuéramos a contar el tiempo normal, haga las cuentas: de cinco de la tarde a una de

la madrugada, es decir, habían transcurrido unas ocho horas. Pero, para mí, no fue más de una hora lo que duró todo. No me dieron nada de comer o beber", contestó el que podría ser el primer abducido de la historia.

A la pregunta de que si tuvo algún problema de salud, alguna secuela a partir de aquel encuentro, José Florencio respondió: "Creo que dos semanas después me ingresaron en la Santa Casa de Misericordia de Campinas. Tenía varias heriditas esparcidas por todo el cuerpo. Parecían picaduras de insectos y me rascaba. El médico del hospital, el doctor Ronaldo, dijo que era anquilostomiasis, una infección intestinal provocada por un gusano parasitario. Como mi madre trabajaba allí, en el hospital, como lavandera, me quedé ingresado casi un mes. Me medicaron con las píldoras del doctor Ross y biotónico Fontoura. Las heridas se fueron secando y desaparecieron sin dejar huella". ■